

8. Razón comercial Juncosa y Escrivá

En abril de 1884 se constituyó la sociedad mercantil Sucesores de Cirilo Latorre con tres socios, Juan Juncosa, José Escrivá y Jerónimo Mur, dedicada al comercio de tejidos. Al año siguiente comenzaron también a fabricar chocolate a brazo. El comercio estaba situado en la calle Romero esquina a General Ricardos. En 1902 se disolvió la sociedad, cobrando Jerónimo Mur su parte en metálico y comprometiéndose a no ejercer el mismo comercio en Barbastro. Desde 1911 la empresa Juncosa y Escrivá estaba en pérdidas, en parte por la crisis económica y, en parte, por la competencia desleal del antiguo socio. En definitiva, a finales de 1913 se comprobó que el negocio no podía seguir adelante. Don José tomó una decisión heroica: hacer frente a la quiebra con sus propios bienes, aunque moralmente no estaba obligado a hacerlo más que con los bienes de la empresa. Para evitar perjudicar a los acreedores, quedó arruinado. San Josemaría comentaría años después: “Tengo un orgullo santo: amo a mi padre con toda mi alma, y creo que tiene un cielo muy alto porque supo llevar toda la humillación que supone quedarse en la calle, de una manera tan digna, tan maravillosa, tan cristiana” (AVP, I, p. 62). Don José consiguió un trabajo en Logroño y partió para allí, dejando a su familia en Fonz durante el verano. Volvieron en septiembre a Barbastro, para tomar la diligencia hacia Huesca y seguir después a Logroño.

El amor de san Josemaría a su ciudad natal se manifestó siempre, sobre todo a través de la correspondencia con sus amigos y de su apoyo, ante la Santa Sede y el Gobierno español, a la continuidad de la diócesis. “La memoria de Barbastro y de su gente ha estado, y está, muy cerca de mí” (GARRIDO, 1995, p. 133), diría en el discurso de agradecimiento por la Medalla de Oro de la ciudad, que recibió el 25 de mayo de 1975.

Voces relacionadas: Albás Blanc, Dolores; Escrivá Corzán, José; Iniciación cristiana de san Josemaría; Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: AVP, I, pp. 13-64; Constantino ÁNCHEL, “La iniciación cristiana de Josemaría Escrivá”, *AHlg*, 1 (2002), pp. 625-651; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; Manuel GARRIDO, *Barbastro y el Beato Josemaría Escrivá*, Barbastro, Ayuntamiento de Barbastro, 1995; Martín IBARRA (coord.), *Semblanzas aragonesas de San Josemaría Escrivá*, Patronato de Torreciudad, 2004.

Javier MORA-FIGUEROA

BAUTISMO Y CONFIRMACIÓN

1. Bautismo y vocación bautismal. 2. Bautismo y fraternidad cristiana. 3. Bautismo, Confirmación, participación en la misión de la Iglesia.

La dimensión sacramental de la existencia cristiana es uno de los ejes fundamentales de la doctrina contenida en los escritos de san Josemaría. Su predicación manifiesta la clara intención de estimular la toma de conciencia de lo que la gracia bautismal (y crismal) implica en la vida del cristiano. La relevancia de este enfoque radica en el distanciamiento de un cristianismo formal, con un planteamiento sólidamente edificado a partir de la novedad y de la riqueza que el Bautismo introduce en el alma (cfr. ILLANES, 1994, pp. 612-613).

San Josemaría hace suyo el marco trinitario propio en la teología bautismal. Y así, uniendo doctrina y vida, advierte que “en el bautismo, nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo” (ECP, 128). Desde esta perspectiva no vacila en denunciar sin rémoras algunas deficiencias que pueden encontrarse, en un momento o en otro, en la praxis pastoral, remitiendo a los aspec-

tos doctrinales de fondo. Así, en tiempos en los cuales se difundían opiniones contrarias al bautismo de niños, san Josemaría desaprueba a quienes privan a los recién nacidos “de la gracia de la fe, del tesoro incalculable de la inhabitación de la Trinidad Santísima en el alma, que viene al mundo manchada por el pecado original” (ECP, 78). Y frente a algunas presentaciones más psicológicas o sociales que teológicas del sacramento de la Confirmación, recuerda la doctrina tradicional que ve en él “un robustecimiento de la vida espiritual, una efusión callada y fecunda del Espíritu Santo, para que, fortalecida sobrenaturalmente, pueda el alma luchar –*miles Christi*, como soldado de Cristo– en esa batalla interior contra el egoísmo y la concupiscencia” (*ibidem*).

1. Bautismo y vocación bautismal

La evolución de la teología contemporánea ha llevado a una recuperación, paulatina y progresiva, del concepto de carisma, no reducido exclusivamente a fenómenos extraordinarios, haciéndolo converger con la realidad de gracia presente en el alma. En este contexto, san Josemaría evoca frecuentemente la idea de “vocación bautismal”, remontándose a aquella Tradición patristica que contemplaba a los cristianos como fieles “llamados mediante el agua” (TERTULIANO, *De Baptismo*, p. 16). “La llamada de Dios, el carácter bautismal y la gracia, hacen que cada cristiano pueda y deba encarnar plenamente la fe” (CONV, 58). Por el Bautismo, pues, todos los cristianos son tales “por vocación”, lo que significa que, sea cual sea el número de cristianos existentes, no lo son nunca de un modo masificado, sino como resultado de una elección singular por parte de Dios, que los invita a la comunión con Él, integrándolos en su designio de salvación. En esta vocación radica la inmensa y común dignidad de todos los bautizados, más valiosa que cualquier otro título que pueda recibir un hombre, y que afecta a todos por

igual: “una y la misma es la condición de los fieles cristianos, en los sacerdotes y en los seglares” (AIG, p. 68). Todos los cristianos están situados ante la totalidad de las exigencias de la fe, con una radicalidad que san Josemaría gustaba de glosar evocando a los primeros cristianos. En efecto, esa primera generación de seguidores de Cristo “vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo” (CONV, 24).

La raíz bautismal de la llamada a la santidad constituye esa llamada en exigencia universal –afecta a todos los bautizados–, sin paliativos de ningún género. “Es doctrina que se aplica a cualquier cristiano, porque todos estamos llamados a la santidad”; y con frase gráfica añadía que “no hay cristianos de segunda categoría, obligados a poner en práctica sólo una versión rebajada del Evangelio: todos hemos recibido el mismo bautismo” (ECP, 134). Estamos ante uno de los puntos fundamentales de la doctrina de san Josemaría, que encontró en el Concilio Vaticano II su expresión magisterial: “Todos los fieles, de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG, 40).

La raíz bautismal lleva a subrayar que la santidad es una realidad mucho más rica que una mera “cuestión moral”; no se trata solamente de una conducta ajustada a la ley moral que conduce a una perfección ética, sino de llevar a su plenitud la vida que ya ha sido comunicada en el Bautismo. Esto se entiende mejor considerando que, desde este punto de vista, la santidad no es más que “la plenitud de la filiación divina” (*Carta 2-II-1945*, n. 8: OCÁRIZ, 1996, p. 38), y que ambas –santidad y filiación– coinciden a partir del Bautismo. Ser santos significa, en definitiva, ser buenos hijos de Dios; por el Bautismo ya somos hijos de Dios, pero a lo largo de su vida el cristiano está llamado a crecer en su condición de hijo, conformándose siempre más con el

Hijo de Dios. Esto lleva también a concebir la búsqueda de la santidad como un proceso que no mira hacia adelante en modo voluntarista, sino que se renueva continuamente, alimentándose del don bautismal de gracia recibido al inicio: “desde que recibimos el Bautismo, apenas nacidos, comenzó en el alma la vida sobrenatural. Pero hemos de renovar a lo largo de nuestra existencia –y aun a lo largo de cada jornada– la determinación de amar a Dios sobre todas las cosas” (AD, 27).

2. Bautismo y fraternidad cristiana

La santidad no es una realización individualista, porque tiene lugar *in Ecclesia*. El ser *in Christo* es siempre un ser *in Ecclesia*, como dos aspectos de la única realidad cristiana.

El cristiano tiene una relación constitutiva con la Iglesia, enraizada en el mismo Bautismo, que es como la “puerta” por la que se entra en la comunidad cristiana (LG, 7; cfr. LG, 11). Siguiendo los pasos de la Tradición patristica que contempla a la Iglesia, desde una perspectiva bautismal, como el *uterus maternus*, dice el fundador del Opus Dei: “La Iglesia nos santifica, después de entrar en su seno por el Bautismo. Recién nacidos a la vida natural, ya podemos acogernos a la gracia santificadora. *La fe de uno, más aún, la fe de toda la Iglesia, beneficia al niño por la acción del Espíritu Santo, que da unidad a la Iglesia y comunica los bienes de uno a otro* (S.Th., III, 68, 9, ad. 2). Es una maravilla esa maternidad sobrenatural de la Iglesia, que el Espíritu Santo le confiere. *La regeneración espiritual, que se opera por el Bautismo, de alguna manera es semejante al nacimiento corporal: así como los niños que se hallan en el seno de su madre no se alimentan por sí mismos, sino que se nutren del sustento de la madre; así también los pequeñuelos que no tienen uso de razón y están como niños en el seno de su Madre la Iglesia, por la acción de la Iglesia y no por sí mismos reciben la salvación*” (AIG, pp. 34-35).

Esta simbiosis entre el cristiano y la Iglesia no se reduce al momento inicial de la existencia cristiana, sino que continúa y se desarrolla durante toda la vida, y culmina en el más allá. En san Josemaría, el sentir eclesial del cristiano toma tintes existenciales muy concretos a través de la fraternidad, punto en el que se remonta una vez más a los orígenes de la Iglesia. En su primer escrito, *Camino*, ya decía: “«Saludad a todos los santos. Todos los santos os saludan. A todos los santos que viven en Efeso. A todos los santos en Cristo Jesús, que están en Filipos». –¿Verdad que es conmovedor ese apelativo –¡santos!– que empleaban los primeros fieles cristianos para denominarse entre sí? –Aprende a tratar a tus hermanos” (C, 469). Y más adelante, en una de las entrevistas recogidas en *Conversaciones*, recuerda que “forma parte esencial del espíritu cristiano (...) también sentir la unidad con los demás hermanos en la fe. Desde muy antiguo he pensado que uno de los mayores males de la Iglesia en estos tiempos, es el desconocimiento que muchos católicos tienen de lo que hacen y opinan los católicos de otros países o de otros ámbitos sociales. Es necesario actualizar esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos” (CONV, 61). No se trata sin embargo de una fraternidad “nostálgica”, sino de una realidad fraguada a partir de la filiación divina originada en el Bautismo, como queda ya dicho. “El hambre de justicia debe conducirnos a la fuente originaria de la concordia entre los hombres: el ser y saberse hijos del Padre, hermanos” (ECP, 157).

3. Bautismo, Confirmación, participación en la misión de la Iglesia

En la predicación oral y escrita de san Josemaría, la condición eclesial proveniente del Bautismo y de la Confirmación se acompaña con la referencia a la participación de todos los bautizados en la misión de la Iglesia. El fundador del Opus Dei as-

piró en todos los momentos a despertar la energía apostólica potencial contenida en la gracia bautismal y ulteriormente incrementada en la Confirmación. Hablaba así de una misión que compete originariamente a todo cristiano a partir del sacerdocio común conferido por estos dos sacramentos: “Apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que (...) capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación” (ECP, 120). “En esta tarea [la santificación de los hombres] participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo” (AIG, pp. 35-36).

En esa línea, y siempre a propósito de “los aspectos y consecuencias de la peculiar dignidad y responsabilidad que el bautismo confiere a las personas”, no vacila en criticar planteamientos de tipo clerical o jerarcológico, denunciando “el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos. El apostolado de los seglares no tiene que ser siempre una simple participación en el apostolado jerárquico: a ellos les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque reciban una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia” (CONV, 21). Se entiende que se haya calificado la manera de concebir la Iglesia por parte de san Josemaría como “una comunidad espontáneamente vital” (ALONSO, 1981, p. 582).

La dimensión sacramental que enmarca la predicación del fundador del Opus Dei sobre la llamada universal a la santidad y al apostolado, hace converger unitaria-

mente ambos aspectos en el sacerdocio común de los fieles, en sintonía con cuanto se declara en el Vaticano II (LG, 10). Esta unidad se remonta a la cristología, pues “el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo, para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre” (ECP, 96). Como, en un contexto análogo, “no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de redentor” (ECP, 106), tampoco en el cristiano es posible separar la llamada a la santidad y la invitación al apostolado. Esto le permite decir con solidez doctrinal que “la santificación forma una sola cosa con el apostolado” (ECP, 145), y que “ser cristiano es haber sido regenerado por Dios y enviado a los hombres, para anunciarles la salvación” (ECP, 131). Se toma así distancia tanto de un espiritualismo desencarnado y ajeno a las necesidades de los hombres como de un activismo apostólico desenfrenado y a la larga ineficaz.

Conviene añadir que este continuo enraizar la misión apostólica de todos los fieles en los sacramentos del Bautismo y Confirmación, sin necesidad de encargo oficial por parte de la Jerarquía eclesial, no busca suscitar “reivindicaciones ministeriales” entre los fieles laicos, ni se pone en conflicto con la autoridad de la Iglesia. Si no es en “delicada comunión con la Jerarquía”, los fieles cristianos no tienen derecho a reclamar su legítimo ámbito de autonomía apostólica (cfr. CONV, 21). Más aún: se trata no sólo de estar en comunión con la Jerarquía, sino de ser conscientes de que el sacerdocio común de los fieles tiene necesidad absoluta del sacerdocio ministerial, también desde una perspectiva apostólica, pues, en el desarrollo de su misión, llega un momento en que el fiel se encuentra con el “muro sacramental. La fun-

ción santificadora del laico tiene necesidad de la función santificadora del sacerdote, que administra el sacramento de la penitencia, celebra la Eucaristía y proclama la palabra de Dios en nombre de la Iglesia” (CONV, 69). Se da una armonía entre ambas realidades, que se refleja en las últimas palabras que se conservan de la predicación de san Josemaría, en el mismo día de su muerte, cuando, dirigiéndose a un nutrido grupo de mujeres, fieles del Opus Dei, les dijo: “Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo por aquí. Vuestros hermanos seglares también tienen alma sacerdotal. Podéis y debéis trabajar con esa alma sacerdotal; y con la gracia del Señor y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz” (DEL PORTILLO, 1976, p. 22).

Voces relacionadas: Alma sacerdotal; Fieles cristianos; Filiación divina; Iglesia; Sacerdocio común; Sacramentos: Exposición de conjunto; Santidad; Vocación.

Bibliografía: Luis ALONSO, “La vocación apostólica del cristiano en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer”, *ScrTh*, 13 (1981), pp. 567-628; Antonio ARANDA, “El cristiano, «alter Christus, ipse Christus» en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993)*, Madrid, EUNSA, 1996, pp. 129-187; Philip GOYRET, *L’unzione nello Spirito. Il battesimo e la cresima*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2004; José Luis ILLANES, “El cristiano «alter Christus-ipse Christus». Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Gonzalo ARANDA - Claudio BASEVI - Juan CHAPA (eds.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José María Casciari*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 605-622; Fernando OCÁRIZ, “Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia”, en Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Actas del simposio teológico*

de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993), Madrid, EUNSA, 1996, pp. 35-54; Álvaro DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, Madrid, Cuadernos Mundo Cristiano, 6, 1976; Pedro RODRÍGUEZ, “Bautismo y vocación cristiana”, en Euclides ESLAVA GÓMEZ (ed.), *Vocación cristiana y llamada a la santidad*, Chía, Universidad de La Sabana, 2003, pp. 7-26; Ana María SANGUINETI, “Dimensión sacramental de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia: un aporte teológico”, en *GVQ*, V/2, pp. 215-231.

Philip GOYRET

BÉLGICA

1. Viajes de preparación de la labor apostólica. 2. Amistad de san Josemaría con eclesiásticos belgas. 3. Inicio y desarrollo de la labor.

San Josemaría preparó personalmente la labor apostólica del Opus Dei en Bélgica, país que visitó varias veces, durante los recorridos que en los años cincuenta realizó por Europa. Pero ya mucho antes la historia y la cultura del país le habían inspirado algún punto de meditación. Entre las notas de los ejercicios espirituales que predicó en Vitoria en agosto de 1938 figura este apunte: “¡Él [Cristo], a la cabeza!... Guerra europea: rey de Bélgica. Ahora: ¡qué alegría los soldados, si los jefes van en vanguardia!” (CECH, p. 554). Se refería “al Rey de los Belgas, Alberto I (nacido en 1875; 1909-1934), que, efectivamente, cuando Bélgica fue invadida tomó el mando inmediato de sus tropas y estaba en los lugares de mayor peligro” (CECH, p. 555). También algunas referencias bibliográficas indican que pudo haber consultado publicaciones belgas (cfr. CECH, p. 672).

1. Viajes de preparación de la labor apostólica

Se conocen las fechas de algunos de los viajes de san Josemaría a Bélgica (to-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.